

Contemporánea

PREMIO CERVANTES

# GUILLERMO CABRERA INFANTE

## Puro humo



*Holy Smoke*, un título usurpado ahora por otros, fue publicado en Londres y Nueva York en 1985 y republicado en ediciones diferentes en ambas ciudades en 1997. No sólo *Holy Smoke* sino *Tres tristes tigres*, *Writes of Passage* (el título inglés de *Así en la paz como en la guerra*) y *Punto límite: cero* (*Vanishing Point*) la película han sido robados descaradamente por el cine y editores amigos de lo ajeno. (Declara Cabrera Infante: «Si los títulos tuvieran *copyright* yo sería rico».) *Holy Smoke* fue celebrado en todas partes, pero sobre todo en Inglaterra y en USA. Dijo Anthony Burgess en su crítica de entonces: «Mr. Infante escribe un inglés extraordinario». Mientras Susan Sontag opinó: «Nos parece ahora en extremo extraordinario que alguien pueda escribir una prosa brillante en más de un idioma: nos maravillamos ante un Nabokov, un Beckett, un Cabrera Infante». *Holy Smoke* fue publicado en tierras diversas como Alemania y Grecia. Ahora aparece en español en una traducción no por demorada menos idónea –que no es una versión sino una reescritura que la lengua hace posible.

*Puro humo* es varios libros a la vez: una historia del tabaco que empieza con su descubrimiento en 1492 por un marino de la nao capitana, Rodrigo de Jerez en Gibara, Cuba (Gibara es también la tierra en que nació el autor), es además una celebración del tabaco y del fumar esa hoja extraña –y una rapsodia en que intervienen el cigarrillo y la pipa. Pero es más que nada una crónica erudita de la relación entre el puro y el cine. No es por gusto que en la portada aparezca Groucho Marx en su sofá a la espera de su musa– o de un analista. En realidad Groucho sólo quiere que alguien le dé fuego a su habano. Este libro lo hace por él, para convertir al puro en fuego y ceniza.

# Puro humo

## Nota Benísima

Había en Cuba otrora, que rima con otra aurora, un programa radial matutino muy popular que creaba una forma de punto y contrapunto, usando la controversia musical, titulado *Dímelo cantando*. Este libro puede considerarse un *Dímelo contando*.

*Los demás tratan, pero yo sé.*

JOSÉ RAÚL CAPABLANCA,  
gran maestro

*A mi padre, quien a los 84 años aún no fuma*

LADY BRACKNELL: ... ¿Usted fuma?

ERNEST: Bueno, sí, debo admitir que fumo.

LADY BRACKNELL: Me alegra oírlo. Un hombre siempre debería dedicarse a algo.

OSCAR WILDE

*La importancia de llamarse Ernesto*

Por último (y ésta es, quizá, la regla de oro),  
ninguna mujer debería casarse con un hombre  
que no fume.

ROBERT LOUIS STEVENSON

*Virginibus Puerisque (1881)*

En el futuro todos los hombres podrán fumar  
habanos.

HERR DOKTOR SCHUTTE

*(Un marxista precoz)*

Enciéndeme otra Cuba.

RUDYARD KIPLING

*Departmental Ditties*

Ten, toma un puro.

¡Enciéndelo y sé alguien!

*Pete Kelly's Blues*

Smoke! Smoke! Smoke that  
cigarette!

*Canción de 1947*

En *La novia de Frankenstein* (The Bride of Frankenstein) se ve al infame doctor Pretorius, un villano vicioso pero vivaz, cenando en una cripta cavernosa, cavada en el camposanto de las tierras del Barón. Con una gran servilleta de un blanco inmaculado, metida por dentro del cuello duro, el viejo científico remilgado usa, como mesa, un ataúd vacío –del cual sus servidores acaban de extraer el cadáver exquisito de una virgen del pueblo. «Cosa bella», exclamó el primer enterrador como si la mujer muerta se llamara Casabella. «Espero que sus piernas estén firmes», musitó el doctor Pretorius, algo receloso. El dilema del doctor nace de observar los llenos muslos marmóreos de la lívida muchacha mientras piensa en su cena. ¿Acaso tenía el pollo frío en mente? El doctor Pretorius suspira pero procede enseguida a cenar a la luz de las velas la copiosa comida regada con un buen Mosela frío.

No es hasta que está sorbiendo tranquilo su café (ni leche ni azúcar), que el viejo necrófilo se da cuenta de la presencia del monstruo en su campo de visión. La criatura se le acerca rápida: una amenaza incoercible, imperiosa. Impertérrito, el doctor Pretorius convida al monstruo obra del hombre con la maestra hebra con lumbre: «Tenga, un puro». Hace, sin embargo, una confesión pertinente: «Es

mi único vicio». Pero el humanoide hurraño tampoco es virgen. Había saludado al doctor llamándolo *Fuma*, aunque no lo conocía. Pese a una recurrente fobia al fuego, el monstruo ha fumado hace poco su primer habano. De hecho, parece que ahora todo el mundo le ofrece puros. ¿Es acaso porque la criatura es un recién nacido? Sea como sea, tomó el hábito de un ermitaño antes en la película: el eremita tocaba al violín el *Ave María* y el monstruo se conmovió hasta las lágrimas. Más tarde se convirtió al vicio al apreciar un buen cigarro. El hombre creado por Frankenstein aspiraba su habano con deleite y, de la mañana a la noche, se había transformado en un *connoisseur* apreciable: «¡Bueno! ¡Bueno!». Esto, incluso entre cadáveres, es *savoir vivre*.

Estas dos secuencias, en un filme con un final feliz, contienen toda la historia de la relación de cinco siglos entre el caballero europeo y su tabaco. Todo empezó en el Nuevo Mundo, donde el tabaco no era para los caballeros sino para los brujos –y para el jefe indio titular: el que llevaba las plumas.

Como casi todo en América, todo comenzó con Colón (nuestro Colono). Podemos ser precisos en cuanto al descubrimiento: «Puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre». Era América pero no era aún América. En cuanto a los puros, Colón puede ser alabado o criticado. Arribar –simplemente– a tierras americanas fue un logro bastante ambiguo en ese amanecer de la geografía y mañana de la historia de una tarde. Para ser precisos, todo empezó con el segundo mejor desembarco del Gran Almirante: primero probó, luego aprobó. (Probable no reproable, debo admitirlo.) En esta ocasión confundió a Cuba con Cipango –¿o era Catai? Este navegante que no solía navegar tampoco podía nombrar la isla. De hecho, ¡ni sabía *nadar*! Vino, es visible tan sólo por el dinero. O, mejor dicho, por el oro. El dinero hace girar al mundo (y te puede hacer girar alrede-

dor del mundo) pero tiende a devaluarse y a declinar de lo absoluto a lo obsoleto. Justo como el dólar de los Confederados. El oro, por el contrario, es para siempre. O eso es lo que pensó el Descubridor tras leer *Il Milione* de Marco Polo.

Pero no hay mucha gente que conozca lo mucho que debe Colón a dos marineros insignificantes llamados Rodrigo. (En la España medieval uno de cada tres hombres se llamaba Rodrigo y una de cada dos mujeres Ximena.) Fue Rodrigo de Triana el primero en otear América desde el palo mayor de la *Santa María*. La nao española había sido rebautizada en honor de la Virgen María. Pero antes esta carabela era conocida como *Marigalante*, en honor de alguna mujer mala que hacía el Puerto de Palos. Colón la reformó. «Las burdas del trinquete son bastante retorcidas», se quejaba. «Pueden llevar a la gente a atar demasiados cabos.»

Un descubrimiento, visto desde una nao, se parece bastante a un naufragio. Así, hubo un poco de desconcierto cuando Colón descubrió América a bordo de la Santa María. Fue el muy joven Rodrigo de Triana quien gritó desde el palo mayor, «¡Veo tierra!». Colón lo reprendió: «¡Es *Habeo terram*, no Ya veo tierra!». «Ya veo», dijo Rodrigo. «Digo, ¡habeo!» Pero antes de que el eco del «¡Habeo!» se extinguiese murió el eco del «¡Ya veo!». Después llegó el ruido, la alarma y la confusión como en el puente del *Titanic* cuando el teniente Lightoller gritó: «¡Abandonen el barco!», y el barco le abandonó a él. La *Santa María* volvió instantánea a su estado de *Marigalante*, con la nave comportándose como una buscona de los muelles. Pinzón, punzante como una puya, lanzó el bauprés por la borda diciendo: «¡Allá va eso!». Colón lo miró furioso. Lo que había hecho estaba fuera de tono pero, aunque sin ton, Pinzón tenía el son: «Ahí va el timón, ahí va el bauprés... y es que, en el trópico, todo anda al revés...». El Gran Almirante pareció calmarse y, ya tranquilo, le conminó: «*E ancora*

*qué vas a fare...?»*. De esta semilla de retruécano ítalo podría venir la enemistad que creció entre Colón y los Pinzones como hiedra de cien cabezas. Al menos explicaría por qué los otros Pinzones, Vicente y Martín Alonso, trataron de llegar antes que Colón a España trayendo la buena nueva: «¡Hemos descubierto América y ustedes no estaban!». La interpretación de Pinzón era que Colón (cuidado con la rima) andaba demasiado ávido, probablemente de oro, aunque impávido lo pronunció pávido<sup>[1]</sup>.

Colón escribió a Isabel y Fernando diez años más tarde acerca del suceso: «Para la hesección de la inpresa de las Indias no me aprovechó rasón ni matemática ni mapamundos; llenamente se cunplió lo que diso Isaías». Colón se refería al profeta Isaías. Esto hace que la sátira anterior pueda ser no sólo probable sino también posible. Isaías habla de la enseña de las gentes que los Gentiles deberán buscar. Tanto de más para aquellos que creyeron que Colón, marino de profesión, descubrió el Nuevo Mundo con la ayuda del recién inventado sextante y las eternas estrellas. ¿Descubrió también Colón el tabaco gracias a una profecía? En las Escrituras no se menciona que nadie fume. Pero, una vez en América, el primer descubrimiento fue la planta indígena.

Rodrigo de Xeres (cuyo apellido delata que viene de Jerez, cálida tierra de caldos: ya *connoisseur* de nacimiento) fue enviado por Colón a tierra para buscar oro. De Xeres no volvió con pepitas, pero sí con una noticia verdaderamente nueva: había encontrado la tierra de los hombres-chimenea. Colón se molestó con De Xeres. No sólo había sido incapaz de encontrar oro, como hiciera Polo, sino que volvía con esas patrañas. ¡Una bonita historia! ¿Qué le iba a decir él al rey Fernando? «Majestad, mi avanzadilla me puso una zancadilla.» Demasiado sol, demasiado pronto. ¿O acaso quería decir quimera y no chimenea? ¡Demasiado Amontillado! Pero De Xeres explicó, con sobriedad, que los salvajes a quienes había observado echa-

ban *realmente* humo. Como chimeneas. Adondequiera que fuesen llevaban consigo un tubo marrón ardiendo por un extremo. Se colocaban el otro extremo en la boca, y parecían beber del tubo. Después expulsaban el humo por la boca y la nariz. ¡Y daba la impresión de que disfrutaban con ello! El tubo lo encendían con la ayuda de un vademécum que portaba una rama ardiendo. Bonito vicio. De lo más inusual, Señor. Su Excelencia. Quiero decir, Gran Almirante. Colón dijo: «Esto es lo que me gusta de las islas. Que aquí llaman, a los vagos, parias».

Pero Colón, que era un hombre del Renacimiento temprano y, por tanto, curioso, decidió darse una vuelta por la tierra de los hombres-chimenea, que De Xeres llamaba To Bago. Llegó, sin embargo, a una aldea india que los nativos denominaban Gibara. Éste es un nombre arahuaco cuya raíz reaparece en otras islas caribes y en Suramérica: *jí-baro*, *jibarito*, indios Jívaros. Colón fue a tierra para ver con sus propios ojos lo que De Xeres había visto con los suyos. Lo que presencié Colón nos lo describe mejor el cándido monje fray Bartolomé de las Casas a quien, según Borges, la humanidad debe dar las gracias por algunas desgracias —y miles de males. Déjenme nombrar algunos de ellos: la guerra civil americana, el asesinato de Lincoln, *La cabaña del Tío Tom*, el negro Jim en la balsa con Huckleberry, las novelas de Faulkner, *Black Power*, los peinados afro, la música cubana, el tango *and all that jazz*. El pío padre, horrorizado por el sufrimiento de los indios, había recomendado al rey que mejor dejara que sufriesen sólo los africanos. Como en un acto de magia negra, el monje acababa de crear la esclavitud negra en América.

Pero eso queda en el futuro. Ahora, con el pasado americano a punto de empezar a convertirse en presente histórico, el padre Las Casas estaba volviendo a contar la historia de cómo Colón descubrió el tabaco y no adquirió el vicio. Dice Las Casas en su *Historia de las Indias*, hablando de esos deshollinadores hombres-chimenea: «Siempre

los hombres con un tizón en las manos» no para sus mujeres, sino para «tomar sus sahumeros, que son unas hierbas secas metidas en cierta hoja, seca también, a manera de mosquete hecho de papel, de los que hacen los muchachos la Pascua del Espíritu Santo, y encendido por la una parte del, por la otra chupan o sorben o reciben por el resuello para adentro aquel humo; con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes, o como les nombraremos, llaman ellos tabacos».

Las Casas escribía este informe cuarenta años después de que sucediera (*Caballeros europeos ven hombres fumando*, toma uno) y cuarenta años eran más de lo que es un siglo hoy en día, debido a la inflación crónica de las fechas. Pero Alexander Esquemeling, casi tres siglos más tarde, describe una escena similar en *Bucaniers in America*: «Con hojas de tabaco sin cortar, los nativos (en Cuba) hacen unos pequeños proyectiles, que los españoles llaman *gigarros*, y que se fuman sin pipa». Los mosquetes se han convertido en proyectiles. ¿Una mejora en la tecnología de las armas de fuego o cigarros mejor hechos? Lo cierto es que Colón observó esta combustión-con-humo cubana como otra atracción más, de esa feria recién inaugurada que era América –o que aún no era América. Para ello, necesitaremos a un hombre llamado Américo. ¡Pero había tantas curiosidades en el *Orbe Novo*! Incluso se podía hacer una lista de extravagancias y peculiaridades. ¡Pasen y vean, señoras y señores! ¡Pasen y vean! ¡La función va a comenzar!

Primero, el descubrimiento. Aquella extraña mañana en la que «oyeron pasar pájaros», y toda la noche a oscuras y húmedos, vieron espejismos que parecían tierra firme. Acaso Colón recordó a san Lactancio, temprano doctor de la Iglesia, que vio al ave Fénix –un pájaro al que le da por arder de vez en cuando– como un precursor del Espíritu Santo. Lactancio, teólogo, pensó que era idiota

creer en las Antípodas: no era digno de cristianos. ¿Hombres con la cabeza en el suelo y los pies en el aire? ¡Grotesco! ¡Inaudito! Pero Colón diría más tarde que había visto, en América, hombres con la cabeza en el pecho. También informó a Isabel y a Fernando de la existencia de hombres que se pasaban la vida cabeza abajo –usando un pie como parasol. Asimismo, había perros que no ladraban. Nadie más oyó jamás hablar de esos sabuesos silentes pero, incluso a comienzos del siglo XX, había zoólogos en busca de ese canino discreto por todo el Caribe. (Más tarde, en los Estados Unidos, habría mucha gente tras las huellas de Bigfoot. Curiosamente éste es el nombre griego de Edipo.) Existían, igualmente, los árboles cuya sombra te hacía quedarte dormido– la mandrágora, la mata que mata. Colón, asimismo, afirmó que había visto sirenas, pero no las pudo oír cantar. Esas ninfas americanas, al contrario de sus colegas griegas, eran dulces y calladas, y jamás le cantaron ni a una balsa para que naufragase. Y en Aván, o así parece que le habían relatado, la gente nacía con cola. Las historias de algunos, aparentemente, eran buenas para pedir las dos orejas. Y el rabo.

Comparado con este susodicho zoo, un locutor mudo con un puro, incluso si era un ur-puro, es un cómico de vodevil que ha olvidado su chiste. Además, aún quedaba pendiente la inevitable cuestión del oro que, como pensó el alquimista, era esencial. Tras tres días en tierra, Colón estaba a un tris de obsesionarse con el oro. Como cualquier catador en el nuevo Yukón, el Almirante comía, bebía y meaba oro. (Freud diría más tarde que también lo defecaba.) El Gran Almirante estaba convencido de que estaba en el Oriente (de hecho, como en una parodia cruel, estaba en la provincia de Oriente, Cuba) y que la «tierra donde nace el oro» no quedaba lejos. Ergo, estos nativos deben saberlo, seguro. El Almirante de la Mar Océana disipó el humo espeso para preguntar a uno de los brujos humeantes si conocía dónde se encontraba la

Tierra del Oro. Colón, un promotor de genio (en el Hollywood de los años treinta habría sido uno de los jefazos, acaso el *boss* de Columbia Pictures) se había traído su propio intérprete. No iba a fiarse de los traductores traidores de Kubla Kan, como habían hecho los Polos. (Especialmente Niccolo Polo, cuyo nombre rimaba con soy solo.) Uno de los intérpretes de Colón se llamaba Luis de Torres, un marrano que sabía hebreo, árabe y, según Las Casas, ¡incluso caldeo! Probablemente este último idioma quería decir que Torres, un converso que acompañó a De Xeres en su periplo para descubrir el tabaco, era un adivino con don de lenguas. ¿O es que, acaso, el Gran Viajero planeaba hacer a su vez un viaje en el tiempo?

Colón desconfió al instante del raro artefacto con el que el hechicero hacía nubes durante la reunión. ¿Podía también hacer llover? Eran ritos de futilidad. Además, el artefacto parecía de veras un mosquete. El Admirante Admirable se llevó aparte a Xeres para preguntarle: «¿Estás seguro de que esa cosa es segura?». ¿Tenía miedo de que lo hicieran volar por los aires? De Xeres no iba a ponerse a explicarle sobre la válvula de seguridad en la boca del brujo y todo lo que hizo fue replicar a su superior, casi insubordinado: «¿Un puro *explosivo*? ¡Ridículo!». Quizás. Pero el Gran Marinero no estaba tan descabellado y, cuando el hechicero abrió la boca y no salió humo, supo que estaba a un pelo de hablar del oro. Colón mandó callar a su intérprete para ser él su propio traductor. «*Cubanacan*», dijo el chamán desde detrás de su botafumeiro, y Colón brincó como un lagarto huyéndole al humo. «¡Ku Bana Kan! ¡Eso es! ¿Le habéis oído? Caballeros», se volvió a sus hombres (un tipo bien educado, Colón siempre llamó caballeros a la variopinta horda de siete regiones españolas que se trajo a América), «caballeros, nos hallamos en la tierra donde los hermanos Polo se hicieron ricos. ¡En este mismo lugar nació lo oro!». Y, debido a su acento italiano, pareció que decía: «Lo adoro». Después se envolvió brusco, ganado